

Artículo de investigación

Cómo citar: Rodríguez Suárez, José Gregorio (2024). Sobre la espiritualidad y su comprensión en el ámbito católico. *Polisemia*, 21 (38), 03-17. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.21.38.2024.03-17>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Enviado: Febrero 17 de 2024

Aceptado: Abril 26 de 2024

Publicado: Noviembre 20 de 2024

José Gregorio Rodríguez Suárez

Sobre la espiritualidad y su comprensión en el ámbito católico¹

On spirituality and its understanding in the catholic context

Sobre a espiritualidade e sua compreensão no âmbito católico

Resumen

El objetivo de este artículo es presentar una síntesis comprensiva acerca de la categoría espiritualidad y su desarrollo en el ámbito católico. Para lograrlo se realizó una revisión documental sobre el tema en libros y artículos de revista, como parte del ejercicio de la exploración categorial para el momento de aprehender del método hermenéutico correlacional de la tesis doctoral. Se expone en seis apartados, desde la aproximación etimológica hasta su comprensión como disciplina teológica. Como resultado parcial de la investigación doctoral en Teología, se concluye que la espiritualidad cristiana es la experiencia vivida de la autodonación amorosa de Dios en la persona de Jesucristo por el Espíritu Santo, que se autentica en el compromiso caritativo con el prójimo.

Palabras clave: espiritualidad, dimensión íntima, experiencia vivida, disciplina teológica, Espíritu Santo, experiencia cristiana

Abstract

The objective of this article is to present a comprehensive synthesis about the spirituality category and its development in the Catholic context. To achieve this, a documentary review on the topic was carried out in books and magazine

**José Gregorio
Rodríguez Suárez**

Doctor en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana y Magister en Teología Espiritual de la Universidad Católica de Honduras "Nuestra Señora Reina de la Paz", UNICAH.

Correo electrónico:
gregocjm@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-2236-4820>



1 Artículo de investigación resultado parcial de la tesis doctoral en Teología: Experiencia mística y solidaridad en el itinerario espiritual de Rafael García Herreros, de la Pontificia Universidad Javeriana.



articles, as part of the categorical exploration exercise for the moment of apprehending the correlational hermeneutic method of the doctoral thesis. It is presented in six sections from the etymological approach to its understanding as a theological discipline. As a partial result of the doctoral research in Theology, it is concluded that Christian spirituality is the lived experience of the loving self-donation of God in the person of Jesus Christ by the Holy Spirit that is authenticated in the charity commitment with the neighbor.

Keywords: spirituality, intimate dimension, lived experience, theological discipline, Holy Spirit, Christian experience.

Resumo

O objetivo deste artigo é apresentar uma síntese compreensiva sobre a categoria de espiritualidade e seu desenvolvimento no âmbito católico. Para isso, foi realizada uma revisão documental sobre o tema em livros e artigos de revistas, como parte do exercício de exploração categorial para o momento de apreensão do método hermenêutico correlacional da tese de doutorado. O texto está dividido em seis seções, desde a abordagem etimológica até sua compreensão como disciplina teológica. Como resultado parcial da pesquisa doutoral em Teologia, conclui-se que a espiritualidade cristã é a experiência vivida da autodoação amorosa de Deus na pessoa de Jesus Cristo pelo Espírito Santo, que se autentica no compromisso caritativo com o próximo.

Palavras-chave: espiritualidade, dimensão íntima, experiência vivida, disciplina teológica, Espírito Santo, experiência cristã.



Introducción

Waaïjman (2011) señala que desde los años sesenta del siglo XX la palabra “espiritualidad” se convirtió en la categoría englobante para referirse a todo lo relacionado con la vida espiritual, incluyendo expresiones religiosas de toda índole, las experiencias vividas en cada religión, la religiosidad, la nueva era, el desarrollo humano, la calidad de vida y el bienestar, y, a la vez, la reflexión disciplinar, en el contexto católico, acerca de la vida en el Espíritu, sobre la vivencia de la fe y las expresiones de un carisma congregacional o movimiento en la vida apostólica de la Iglesia.

Se nota, a primera vista, un uso dilatado que la presenta como un vocablo polisémico y en algunos casos ambiguo:

Esa palabra tiene un amplio campo semántico: incluye el espíritu humano y divino, engloba la ascesis y la mística, integra las tradiciones bíblicas (*ruah*) con las intuiciones helenísticas (*nous*), supera los límites de las religiones y las filosofías de la vida. El proceso fundamental que plantea el término *espiritualidad* radica en la relación dinámica entre el Espíritu divino y el espíritu humano (Waaïjman, 2011, p. 386).

Por tanto, explorar el proceso relacional entre lo divino y lo humano, así como su comprensión en el ámbito católico implica rastrear sus raíces etimológicas en el texto fundante de la experiencia cristiana y precisar el sentido o los sentidos que aparecen.

¿Cuál es el origen de la palabra espiritualidad? ¿Cómo se manifiesta la relación dinámica entre el Espíritu de Dios y el espíritu humano en la Biblia? ¿Cuál ha sido su desarrollo en el ámbito católico? ¿Cómo se comprende hoy la espiritualidad? ¿Cuáles son los rasgos de la experiencia cristiana? Son estas las preguntas que se pretende responder en este artículo.

Aproximación etimológica

Al indagar acerca del vocablo “espiritualidad” en el *Diccionario de la lengua española* (Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, 2023), se encuentran las siguientes acepciones:

1. f. Naturaleza y condición de espiritual.
2. f. Cualidad de las cosas espiritualizadas o reducidas a la condición de eclesiásticas.
3. f. Obra o cosa espiritual.
4. f. Conjunto de ideas referentes a la vida espiritual.

Se aprecia que los cuatro sentidos guardan relación directa con la voz “espiritual” como principio, condición, cualidad, obra o idea. Al respecto, Martín Velasco (2003) señala que todos “los estudiosos del tema insisten en el hecho de que el uso del sustantivo abstracto ‘espiritualidad’ tiene su origen en el uso del adjetivo ‘espiritual’” (p. 614). Lo anterior impulsó a profundizar en su



etimología latina, así que, al consultar en el *Diccionario ilustrado latino-español, español-latino* (VOX, 1964), se halló que este sustantivo femenino procede del latín tardío *spīritālītās -ālis* que, a su vez, se deriva del sustantivo masculino *spīritus -ūs* con los siguientes sentidos: ‘soplo de aire, aire que se respira’, ‘suspiro’, ‘inspiración’, ‘espíritu’, ‘alma’, ‘Espíritu Santo’ (pp. 490-491). Estos hallazgos llevaron a profundizar sobre sus orígenes en el ámbito religioso; para el caso, en el judeocristiano.

Al buscar en las Sagradas Escrituras, la palabra “espiritualidad” sorprende evidenciar que no se encuentra mencionada en el Antiguo o Nuevo Testamento, pero, su raíz, “espíritu”, sí se halla en la semántica bíblica; por ejemplo, en hebreo, aparece el sustantivo femenino *רוּחַ (ruah)* con las siguientes acepciones: 1) aire, viento, tormenta (ámbito de la naturaleza); 2) respiración, latido del corazón, anhelo de vivir (ámbito de la vida); 3) impulso, pasión, temperamento (ámbito de la interioridad); 4) Espíritu de Dios (ámbito de la fe), en dos sentidos interrelacionados, a saber: la vida interior de Dios y su acción en todas las creaturas dando vida, liberando de la opresión, guiando, concediendo espíritu de sabiduría y justicia, y ayudando en la debilidad (Gn 1,2; Sal 104,30; Ecl 11,5; Jue 6,34; Is 11,2-10; Rom 8, 27) (Waaijman, 2011, pp. 386-387).

Su uso es similar en los textos griegos: en los escritos de san Pablo, se utilizan el sustantivo *πνεῦμα (pneuma)* y el adjetivo *πνευματικός (pneumatikós)* (García Santos, 2011, pp. 693-694). Del sustantivo masculino, se destacan tres significados: 1) parte inmaterial de la personalidad (Sb 15,11) o sinónimo de la persona que lo posee (Ga 6,18): ámbito de la interioridad; 2) modo de pensar y obrar contrario al proyecto divino (1Co 2, 12): ámbito de lo social; 3) como el Espíritu (de Dios) que lleva a la persona a hablar con sabiduría o con inteligencia (1Co 12, 8), en lenguas incomprensibles (1Co 14,2) y que concede dones y carismas (1Co 12, 9-11) para el beneficio de todos (1Co 12, 7): ámbito de la fe. En este último sentido se utiliza el adjetivo *pneumatikós*, refiriéndose a la persona conducida o guiada por el Espíritu Santo (Ga 5,18), en oposición a quien se deja arrastrar por el ímpetu de la naturaleza humana. Este antagonismo se desarrolla en los escritos paulinos a partir de la polaridad *πνεῦμασάρξ (pneuma-sarx)*, en la que *sarx* (García Santos, 2011, p. 762) denota la naturaleza humana pecadora (Rm 8,3) que se manifiesta por los impulsos, conductas y acciones contrarias al proyecto divino (Ga 5,19); y *pneuma* expresa la realidad del Espíritu Santo que conduce al ser humano a la libertad del Reino y que se manifiesta en la vida ordinaria por medio de sus frutos: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí (Ga 5, 22).

Se colige, por tanto, que el vocablo “espíritu” posee varios significados en la Biblia, dependiendo del ámbito en el que se utilice, verbigracia: como viento en el ámbito de la naturaleza; como el aliento vital en el ámbito de la vida biológica; como parte inmaterial de la personalidad, impulso, pasión o temperamento en el ámbito de la interioridad; como el modo de pensar y actuar contrario al proyecto divino en el ámbito de lo social; o como el Espíritu divino que ilumina la mente e inflama el corazón del creyente en el ámbito de la fe.



A partir de lo anterior, se entiende por qué la voz “espiritualidad”, desde su etimología, adquiere riqueza semántica, lo que, a su vez, plantea dificultades para comprenderla e interpretarla según el contexto o ámbito donde se utilice. Por ejemplo, en el ámbito cristiano, denota esa transformación profunda del ser humano por la acción del Espíritu Santo, que como aliento divino vivifica, inspira, anima, conforta, guía y concede los carismas necesarios para la edificación de la comunidad.

Desarrollo en la teología católica

Entre los planteamientos neotestamentarios referentes al entendimiento de lo espiritual, sobresalen las palabras de san Pablo en el desarrollo este concepto, por su determinación como vivencia de la acción transformante del Espíritu de Dios en la existencia del ser humano (Rom 8, 1-17), la cual llevó a que los Padres de la Iglesia entendieran la espiritualidad “como «vida según el Espíritu de Dios» y como «progresión abierta» a ulteriores realizaciones según la gracia del bautismo hasta la perspectiva escatológica” (García, 2015, p. 53).

Para san Pablo, quien se deja conducir por el Espíritu es *espiritual* y quien se conduce por los criterios mundanos y rechaza el influjo divino es *carnal*. Son dos estilos de vida, consecuencia de la opción libre del ser humano. Esta comprensión paulina influyó en la historia de la teología católica hasta el siglo XI, en el que la oposición entre “hombre espiritual” y “hombre carnal/mundano”, se amplificó por la influencia helenística del binomio *spiritu-spiritualis* en oposición al binomio *carno-carnalis*, ya que uno de sus sentidos “remitía a la esfera celestial de luz en contraposición con el tenebroso mundo de la materia” (Waaijman, 2011, p. 388). Por consiguiente, se pasó de la oposición *spiritualis-carnalis* al enfrentamiento *spiritualis-corporalis*, ya que lo *espiritual* se consideró contrario a lo *corporal* o a lo *material*. Cabe anotar que, como lo señala Martín Velasco (2003), por precisión conceptual el enfrentamiento paulino “espíritu-carne” no debe comprenderse ni equipararse con la oposición “espiritual-corporal” o “inmaterial-material” posterior (p. 614).

En el siglo XIII el tratamiento del término se orientó desde las perspectivas jurídica y psicológica, ya que en la primera se relacionaba con lo propio del clero —su condición social, su autoridad eclesial y sus bienes espirituales y materiales—, mientras que en la segunda se refería a la *vida interior*, pues “la espiritualidad se desarrollaba en el ámbito del corazón, en la interioridad, en el fervor y en la vida íntima” (Waaijman, 2011, p. 388).

Luego, en la Francia del siglo XVII, se utilizó el término *spiritualité* para señalar la *vida interior del cristiano* (Bernard, 2007, p. 32), colocando el acento en los sentimientos, afectos y emociones. En ese sentido:

La “espiritualidad” llegó a asociarse con un entusiasmo cuestionable o incluso con una forma de práctica espiritual herética (como el quietismo) en contraposición a la “devotio”, que ponía el énfasis en la sobriedad y el esfuerzo humano, incluso en la vida del místico. (Schneiders, 1989, p. 681)



Para el siglo XVIII, se agudizó el elemento elitista y reservado de la espiritualidad al comprenderla como la *vida de perfección*, contraria a la vida diaria u ordinaria del cristiano. En este período sobresale la figura del director espiritual, quien como experto coadyuva para que se logre alcanzar la perfección. A finales del siglo XIX, la palabra “espiritualidad” había desaparecido prácticamente por completo; pero a principios del siglo XX su resurgimiento se hizo evidente en los textos publicados sobre esta materia junto con las cátedras de espiritualidad instauradas en las universidades pontificias de Roma. Cabe señalar que durante esta época el término se utiliza para referirse a la ascética y a la mística.

Comprensión y uso en la actualidad

García (2015) plantea que el uso actual de la categoría *espiritualidad* no remite necesariamente a la religión o a Dios, sino a la manera de vivir o pensar con o sin referencia al *Absoluto*. A la vez, menciona que la mayoría de las publicaciones actuales remiten a tres realidades complementarias: “el modo de realizar nuestra existencia diaria, el encuadramiento de esta experiencia vivida por parte de movimientos u organismos abiertos al gran público, y el retorno reflexivo sobre lo que vivimos individual o colectivamente” (p. 50). Al respecto, algunos años antes, Schneiders (1989) señalaba que esta categoría “se refiere a 1) una dimensión fundamental del ser humano, 2) la experiencia vivida que actualiza esta dimensión, y 3) la disciplina académica que estudia esta experiencia” (p. 678)². Ambos autores coinciden, con palabras similares, en los tres sentidos principales con los que, en el contexto religioso actual, se pretende dar sentido a la trascendencia o a las vivencias religiosas.

Con relación al primer sentido, conviene citar la definición de espiritualidad que se encuentra en el prefacio de la enciclopedia *World Spirituality*³: “dimensión íntima de la persona que es llamada ‘espíritu’ por ciertas tradiciones. El núcleo espiritual es lo más íntimo de la persona, donde ésta se abre a la dimensión trascendente y experimenta la realidad definitiva” (Cousins, como se citó en Waaijman, 2011, p. 13). Esta *dimensión íntima de la persona*, como realidad humana, facilita la apertura a la trascendencia y a lo trascendente. Más allá de la nacionalidad, cultura, formación académica, condición social o económica, afiliación política o confesión religiosa, todo ser humano, “posee la sensibilidad para identificar y seguir aquello que está en su esencia como ánimo, vigor, brío, espíritu, y que le invita y llama a vivir” (Cáceres et al, 2008, p. 384).

En el segundo sentido, es decir, en la *experiencia o vivencia de la fe*, está el desarrollo semántico del término a partir de los estudios relacionados con el fenómeno de la realidad experiencial en otras tradiciones religiosas y búsquedas espirituales actuales. Así las cosas, Schneiders (1989) plantea que

2 Traducción libre del autor.

3 Colección de 25 tomos en la que se estudia el núcleo espiritual de la persona, su desarrollo y su itinerario hacia la meta final.



el término espiritualidad refiriéndose a la experiencia vivida, ha sufrido una asombrosa expansión en las últimas décadas [...] se ha ampliado para connotar la totalidad de la vida de fe e incluso la vida de la persona en su conjunto, incluidas sus dimensiones corporales, psicológicas, sociales y políticas. (p. 679)⁴

Por consiguiente, se identifican dos perspectivas complementarias en la comprensión de *la espiritualidad como experiencia vivida*, una dogmática y la otra antropológica. Desde la perspectiva dogmática, expuesta por Charles André Bernard (2007), la experiencia espiritual se entiende como “la toma de conciencia de la realidad vital inserta en nuestro espíritu, [es decir, el reconocimiento de la acción del] Espíritu del Padre y del Hijo, que nos conduce al conocimiento de Cristo, infundiendo en nosotros la caridad” (p. 12), en la que cada uno responde con la cooperación libre y el compromiso. Desde la perspectiva antropológica, planteada por J.-C. Breton, la espiritualidad “podría describirse como la forma de abordar las cuestiones y preocupaciones antropológicas con el propósito de alcanzar una vida humana siempre rica y más auténtica” (Breton, como se citó en Schneiders, 1989, p. 682); es decir, las bases antropológicas de la espiritualidad se reconocen en el abordaje que se hace de las dimensiones fundamentales de la existencia humana. En palabras de Schneiders (1989):

La espiritualidad es una actividad de la vida humana como tal. Esta actividad se encuentra abierta al compromiso con el Absoluto (en ese caso, la espiritualidad sería religiosa) en la persona de Jesucristo a través del don del Espíritu Santo (en ese caso, la espiritualidad sería cristiana), pero no se ve limitada por tal compromiso. En principio, está igualmente disponible para cada ser humano que esté buscando vivir una vida humana auténtica. (p. 682)⁵

Para abordar el tercer sentido, la comprensión de *la espiritualidad como disciplina académica*, es necesario indagar acerca del origen de la teología espiritual” a comienzos del siglo XX y, a la vez, han de examinarse los estudios teológicos sobre la espiritualidad hoy. Así, en un primer momento, al rastrear el surgimiento de la teología espiritual como disciplina académica, encontramos sus antecedentes en 1) la enseñanza espiritual consignada a lo largo de la historia de la Iglesia⁶; 2) el renovado interés por la espiritualidad que surgió a finales del siglo XIX; 3) la institución de la cátedra de ascética y mística en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma en 1919; 4) la petición hecha en la constitución *Deus scientiarum dominus* (1951) para que se enseñara dicha cátedra en las facultades de teología; y 5) el manual *Theologia spiritualis ascetica et mystica* de Guilbert, editado en 1926: en donde se definió la *teología espiritual* como

4 Traducción libre del autor.

5 Traducción libre del autor.

6 “[...] parto de una convicción: la espiritualidad, como reflexión sistemática de la vida espiritual, es la más antigua de las teologías. Fueron los Padres de la Iglesia, los que, leyendo la Escritura para vivirla y comentarla, estructuraron un camino cristiano en coherencia con la fe cristiana profesada. Esas lecturas de la Escritura, plurales de sentido, en una semiótica no solo lingüística sino teológica dieron pie a las distintas ramas del saber teológico; y de la lectura anagógica del texto sagrado nació lo que hoy llamamos espiritualidad o teología espiritual” (De Pablo, 2009, p. 113).



la ciencia que, apoyándose en las enseñanzas de la revelación, estudia en qué consiste la perfección de la vida cristiana y cómo el ser humano, aquí abajo, puede tender a ella y alcanzarla. Se le llamará *ascética*, en tanto que ella nos enseña los ejercicios humanos que ayudan a la gracia y que permiten aplicar los esfuerzos para adquirir la perfección. Se la llamará *mística*, en tanto que ella nos instruye acerca de aquellas gracias, dones, caminos, que Dios atrae al ser humano para unirse a él y elevarlo así a la perfección (Guibert como se citó en Azcuy, p. 254).

Gamarra (2000) señala que la alusión a la espiritualidad es explícita en los documentos del Concilio Vaticano II y en el magisterio posterior. Así, en el numeral 16 de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (1963), sobre la Sagrada Liturgia, se incluye la asignatura de Teología Espiritual como parte del plan de formación litúrgica del clero, y en los numerales 8-12 del decreto *Optatam Totius* (1965), sobre la formación de los futuros sacerdotes, se resalta la importancia de la dimensión espiritual para la formación integral del candidato. Más tarde, la Sagrada Congregación para la Educación Católica incluye esta asignatura en el pensum de formación, primero en la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (1970) y luego en el documento sobre *La formación teológica de los candidatos al sacerdocio* (1976). Asimismo, en las normas de actuación de la constitución apostólica *Sapientia Christiana* (Juan Pablo II, 1979), sobre las universidades y facultades eclesísticas, aparece la “Teología Moral y Espiritual” como una de las asignaturas obligatorias para el primer ciclo de formación, y en la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (Juan Pablo II, 1992), sobre la formación de los sacerdotes en el mundo actual, dentro de la formación teológica, se encuentra el estudio de la teología espiritual, pues contribuye a la reflexión madura sobre la fe (num. 54).

La relación entre teología moral y teología espiritual es evidente en los documentos referentes a la formación sacerdotal. a revisión de la *Ratio fundamentalis* (Congregación para la Educación Católica, 1985), que en su capítulo XII, sobre los estudios teológicos, señala que la doctrina moral tiene su culmen en la teología espiritual pero, esta idea se reformula en la nueva *Ratio, El Don de la vocación presbiteral* (Congregación para el Clero, 2016), al indicar, en el numeral 169, que la doctrina moral “tiene su complemento en la *teología espiritual*”. Se infiere entonces que la implicación de ambas disciplinas contribuye al progreso de crecimiento y madurez en Cristo, en orden a la santidad.

Marciano Vidal (2001), afirma que, desde el nivel de la reflexión teológica, la teología moral y la teología espiritual son disciplinas independientes, y desde el nivel de la vida teologal, son dimensiones de la existencia cristiana con identidad sustancial (de contenido, de fundamento teológico y de dinamismo básico); el idéntico contenido es el llamado universal a la santidad⁷; el idéntico

7 El papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, sobre el llamado a la santidad en el mundo actual, dice que, sobre todo, quiere recordar: “el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: ‘Sed santos, porque yo soy santo’ (Lv 11,45; cf. 1 P 1,16). El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: ‘Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre’” (2010, num. 10).



fundamento teológico es trinitario, cristológico y pneumatológico, puesto que la espiritualidad y la moral cristiana encuentran su cimiento en el misterio de Dios, en el vivir y obrar conforme a Cristo, siempre con el ímpetu vivificador y liberador del Espíritu Santo; y el idéntico dinamismo son las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, como actitudes mediante las cuales se va realizando la opción fundamental.

Correlación semántica

Al estudiar la espiritualidad a la luz de su praxis, Waaijman (2011, p. 335) plantea que en el ámbito religioso se evidencia el uso de ciertas palabras básicas “que la vivencia espiritual se ha forjado para expresar la realidad experimentada” y que ponen de manifiesto los elementos propios de la familiaridad entre Dios y el ser humano. Son ellas: temor de Dios, santidad, misericordia, perfección (palabras básicas de la Escritura)⁸; gnosis, ascesis, contemplación, devoción, piedad (términos de origen helenístico)⁹; cábala, mística, vida interior y espiritualidad (denominaciones modernas)¹⁰.

Esta relación atañe a toda la existencia humana, es decir: “las facultades cognitivas (gnosis y contemplación), la afectividad (devoción y piedad) y las acciones (ascesis)” (Waaijman, 2011, p. 374), en sus dimensiones: personal, social, política, cultural y religiosa. Por tanto, comporta un proceso progresivo relacional en el que la conducta humana es, a la vez, activa (esfuerzo personal) y pasiva (entrega desinteresada).

A manera de compendio, cito las palabras de Waaijman (2011):

En la espiritualidad, la meta no consiste en nombrar o definir el polo divino. Este aparece en el seno de todo el proceso relacional de acuerdo con la fase en que dicho proceso se halla: como totalmente diferente de lo finito (santidad), como un contacto fascinante (temor), como un despliegue de poder del que participa el hombre (cábala) y como Espíritu que alienta nuestro espíritu (espiritualidad). Las concepciones existentes acerca de Dios y los nombres divinos deben comprenderse a la luz del proceso relacional en el que actúan. También el polo humano ha de leerse a la luz del mismo proceso. Así pues, en el camino espiritual lo humano se ve afectado, de modo que tiembla (temor), se dedica a la búsqueda de Dios (contemplación), se consagra fervientemente a

8 “[...] describen la espiritualidad con una tensión entre Dios y el hombre. Lo que sobre todo destaca en esta relación es el polo divino; cómo influye en el sujeto humano de una manera tremendamente santa y plenamente misericordiosa” (Raiman, 2011, p. 335).

9 “[...] ponen de manifiesto cómo, en el proceso relacional que existe entre lo divino y lo humano, el polo humano va caminando a tientas hacia Dios a través del conocimiento, la preparación, la atención, la devoción y la dependencia” (Raiman, 2011, p. 335).

10 “[...] sitúan la espiritualidad en su contexto sociocultural; ante la cultura racional unidimensional de occidente, la espiritualidad constituye una esfera independiente, con una lógica y un léxico propios” (Raiman, 2011, p. 335).



Dios (devoción y piedad), se hace receptivo y deja que se le purifique (ascesis), asume la vida divina en sí (vida interior) y se deja llevar fuera de sí mismo por el amor (mística), algo que ocurre en todos los niveles de la existencia (ascesis y vida interior). A través de tal proceso se pone de relieve su integridad original y su madurez definitiva (perfección) (p. 391).

La espiritualidad cristiana

En este apartado se profundiza acerca del sentido de la *espiritualidad* como *experiencia o vivencia de la fe cristiana*, en consonancia con lo presentado en la aproximación epistemológica precedente. Por tanto, cabe preguntar: ¿cuál es el hecho fundante de la espiritualidad cristiana? La respuesta está en relación directa con la persona de Jesús el Cristo, Hijo de Dios (Mc 1,1), pues como lo confirman testigos y testimonios, el encuentro personal con Jesucristo cambia la existencia, por ejemplo, en los evangelios se destaca la reacción de quienes se encuentran con Él, pues deciden dejarlo todo por seguirlo (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5, 1-11) y, a la vez, no pueden callarse, por eso, comparten a otros lo que han vivido, motivándoles a querer tener ese encuentro personal con el Maestro (Jn 1, 35-50). En los Hechos de los apóstoles, el testimonio de san Pablo, sobre la consecuencia de su encuentro con el Resucitado camino de Damasco, pone de manifiesto el cambio existencial que acontece en quien experimenta su presencia (Hch 22, 5-16; 26, 9-18). De manera que, como lo expresa García (2015), la vida nueva en Cristo por la acción transformante del Espíritu Santo es el rasgo fundamental de la espiritualidad cristiana.

En todos los momentos y contextos de la historia de la Iglesia se encuentran figuras célebres que atestiguan la repercusión existencial de su encuentro personal con el misterio amoroso del Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. Por consiguiente, se aprecian diferentes maneras de aprehender la autorrevelación de Dios en su historia personal y comunitaria; es decir, en la espiritualidad cristiana se hallan diversas espiritualidades con sus diferentes expresiones simbólicas y manifestaciones éticas (García, 2015). Estas expresiones han dado origen a escuelas o movimientos de espiritualidad que, con su singularidad carismática, gracia del Espíritu para el bien común, han fecundado y enriquecido la vida de la Iglesia. Algunos autores han compartido sus itinerarios espirituales para ayudar a otros a recorrer el camino, y estudiarlos implica tomar en consideración tres elementos: 1) su experiencia de Dios; 2) la reflexión personal, oral o escrita, de dicha experiencia, y 3) el análisis e interpretación de lo narrado en sus testimonios (Cunningham, 2004).

En el magisterio del papa Francisco se identifican espiritualidades específicas, es decir, invitaciones a comprender y manifestar la vivencia de la fe en contexto para evitar “el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual” (2018, num. 111), y como respuesta acorde a la inspiración del Espíritu Santo para cumplir la misión encomendada en este momento de la historia. Así que:



El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo. De ahí que suela hablarse, por ejemplo, de una espiritualidad del catequista, de una espiritualidad del clero diocesano, de una espiritualidad del trabajo. Por la misma razón, en *Evangelii gaudium* quise concluir con una espiritualidad de la misión, en *Laudato si'* con una espiritualidad ecológica y en *Amoris laetitia* con una espiritualidad de la vida familiar (Francisco, 2018, num. 28).

En suma, la espiritualidad cristiana es la experiencia vivida de la autodonación amorosa de Dios en la persona de Jesucristo por el Espíritu Santo. Que parte de la experiencia de Dios como salvador en el encuentro personal con Jesucristo vivo, encuentro que cambia la manera de pensar y actuar en relación con Dios, con los demás, consigo mismo y con la creación. Por ser vida según el Espíritu Santo, los bautizados llamamos a Dios “Padre”, nos identificamos como sus hijos amados, reconocemos a los demás como hermanos en Cristo y nos comprometemos en el cuidado de la casa común. De manera que esta vida nueva como discípulos y misioneros de Jesucristo se vive y expresa por la fe, la esperanza y la caridad en la comunión eclesial, en el seno de un ambiente social, político, económico y cultural *glocal*¹¹. Y se enriquece prestando atención a los signos de los tiempos, orando personal y comunitariamente con la Palabra de Dios, con las prácticas de piedad y en la celebración de los sacramentos. Finalmente, la espiritualidad cristiana se acredita por la caridad con el prójimo por el compromiso apostólico solidario, en especial con los más necesitados.

Sobre la disciplina teológica hoy

Los estudios referentes a la comprensión de la teología espiritual hoy (Moioli, 1983; Schneiders, 1989; Gamarra, 2000; Bernard, 2007; Waaijman, 2011; Azcuy, 2011; García, 2015) se pueden agrupar en dos, a partir de la denominación conferida a la disciplina, a saber: *teología espiritual* o *espiritualidad*. Una con perspectiva cristiana y la otra con perspectiva interreligiosa. Representantes de estos grupos son Bernard (2007), quien señala que “la teología espiritual es una disciplina teológica que, basada en los principios de la revelación, estudia la experiencia espiritual cristiana, describe su desarrollo progresivo y da a conocer sus estructuras y sus leyes” (p. 88); Schneiders (1989), que define la espiritualidad como “la experiencia de esforzarse conscientemente por integrar la propia vida, no en términos de aislamiento o egoísmo, sino de auto-trascendencia hacia lo que se percibe como el valor último” (p. 684), y Waaijman (2011) quien plantea que la disciplina espiritualidad se desarrolla en tres etapas: “Primero, se sitúa en un contexto epistemológico. Seguidamente, se hace una opción en lo referente al planteamiento científico. Finalmente, se trazan las principales líneas de estudio, avanzando desde el punto de partida del discernimiento (diacrisis)” (p. 549).

11 Con este acrónimo que procede de las palabras global y local se quiere hacer referencia a la situación cultural en la que cada ser humano se encuentra en la actualidad. Este adjetivo hace referencia a los factores o características de la cultura globalizada que se despliegan o manifiestan cotidianamente en la cultura local.



Estas definiciones, con enfoque dogmático, metodológico y antropológico, respectivamente, ejemplifican estas dos posturas epistemológicas.

Es evidente el esfuerzo por plantear una definición de la disciplina teológica, determinar su objeto de estudio (material y formal) y proponer su método o métodos. Se puede sintetizar que para quienes nombramos la disciplina como *teología espiritual* el objeto propio de estudio es la experiencia espiritual cristiana, y para quienes la denominan *espiritualidad* es “el proceso relacional entre el hombre y Dios (objeto material) considerado desde el punto de vista de la transformación (objeto formal)” (Waijman, 2011, p. 16). De modo que, como visiones complementarias, comparten que la experiencia vivida o vivencia de la fe es fundamental en del proceso relacional o el desarrollo espiritual.

Por consiguiente, el método en esta disciplina teológica debe considerar la experiencia y el proceso de transformación personal de cada ser humano; en palabras de Bernard (2007), “la evolución existencial de la vida cristiana” (p. 78). Además, dado que no es posible contar con un método unívoco capaz de abarcar la diversidad y totalidad de la espiritualidad, como lo propone Bernard (2007), se ha de recurrir a los métodos descriptivo y deductivo, así como a la aproximación fenomenológica. Schneiders (1989), por su parte, siguiendo a Ricoeur, sugiere un abordaje hermenéutico en tres fases: “descripción de la experiencia a investigar, análisis que guía la explicación y la comprensión, y finalmente la apropiación que permite establecer lo que esta experiencia significa para nosotros hoy” (como se citó en Azcuy, 2011, p. 269). A su vez, Waijman (2011), tomando en cuenta la sabiduría práctica y el discernimiento, recomienda cuatro estrategias de investigación —la descripción, la hermenéutica, la sistemática y la mistagógica— que, como vías de investigación, conforman un “ciclo metodológico”, puesto que se presuponen e interrelacionan mutuamente.

De lo anterior se deduce que el objeto de estudio de esta disciplina teológica puede abordarse de manera interdisciplinar, ya que, como lo refiere Waijman (2011), en el área de conocimiento de las humanidades, diversas disciplinas académicas, tales como “la teología, la filosofía, la(s) ciencia(s) de la religión, las disciplinas histórico-literarias y las ciencias sociales” (p. 393), consideran la espiritualidad como parte de su objeto de estudio, y cada una de ellas, desde su especificidad, aporta a la comprensión de este fenómeno.

Cabe advertir que, en esta perspectiva interdisciplinar, el fenómeno de la espiritualidad “aparece como un sistema de elementos que se complementan” (Waijman, 2011, p. 451). A continuación, se plantean dichos elementos con respectivo aporte. El primer elemento es el psicológico-religioso (psicología y ciencias de la religión), ya que cada ser humano tiene una experiencia personal de lo espiritual a partir de la tradición religiosa en la que ha crecido. El segundo elemento es el histórico-social (historia, ciencias de la religión y ciencias sociales), porque tal experiencia acontece en un ambiente determinado por el contexto sociocultural. El tercer elemento es el literario-teológico (disciplinas histórico-literarias y teología), pues lo inefable de la experiencia espiritual se expresa a través del lenguaje con las categorías propias de cada época. El cuarto elemento es el crítico (filosofía, psicología, teología y ciencias de la religión), ya que la experiencia vivida se reflexiona, valora, discierne, interpreta y actualiza

para favorecer el auténtico crecimiento espiritual que contribuya al desarrollo humano integral.

Y, a modo de síntesis de este apartado, se presenta la definición de *teología espiritual* propuesta por Juan Manuel García Gutiérrez:

Disciplina teológica que, fundada sobre los principios de la revelación, estudia la experiencia espiritual cristiana (fin que comparte con las otras disciplinas), en el “saber-vivido” de santidad (contribución original de la teología espiritual) en orden a determinar aquellas constantes cognoscitivas (saber cristiano) y prácticas (vivir cristiano) que ayuden al ser humano actual a devenir “humano en el Espíritu”. En esta última competencia, la teología espiritual se sirve obviamente de la contribución de las ciencias humanas como la psicología, la pedagogía, la sociología, la lingüística, etc. (Como se citó en Azcuy, 2011, p. 266).

Conclusiones

La revisión bibliográfica evidenció que el vocablo “espiritualidad” posee un amplio campo semántico; es polisémico, pues se relaciona con la trascendencia, el Absoluto, Dios, el cosmos, la naturaleza, el desarrollo integral, lo personal y subjetivo, el compromiso, la compasión y la caridad. Su desarrollo en la historia de la teología cristiana ha estado influenciado por la comprensión paulina como vivencia de la acción transformante del Espíritu de Dios en la existencia del ser humano. En la actualidad, se reconocen tres sentidos, que toman en cuenta la pluralidad de la experiencia religiosa del ser humano: el primero, como dimensión íntima de la persona que favorece la apertura a la trascendencia y al trascendente; el segundo, como experiencia vivida de compromiso con el Absoluto; y, el tercero, con énfasis católico, como disciplina teológica.

Se concluye que la espiritualidad cristiana es la experiencia vivida de la autodonación amorosa de Dios en la persona de Jesucristo por el Espíritu Santo que, acogida en libertad y compromiso, manifiesta como rasgo fundamental la vida nueva autenticada en el ejercicio de la caridad fraterna (Rodríguez, 2022).

Referencias

- Azcuy, V. R. (2011). La espiritualidad como disciplina teológica. *Revista Teología*, 47(105), 251-280.
- Bernard, C. A. (2007). *Teología espiritual: hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*. Sígueme.
- Cáceres, A., Hoyos, A., Navarro, R., y Sierra, Á. (2008). Espiritualidad hoy: una mirada histórica, antropológica y bíblica. *Theologica Xaveriana*, 58(166), 381-408.



- Concilio Vaticano II. (1963, 4 de diciembre). *Constitución Sacrosanctum Concilium*. 19https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19631204_sacrosanctum-concilium_sp.html
- Concilio Vaticano II. (1965, 28 de octubre). *Decreto Optatam Totius*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651028_optatam-totius_sp.html
- Congregación para el Clero. (2016). *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cclergy/documents/rc_con_cclergy_doc_20161208_ratio-fundamentalis-institutionis-sacerdotalis_sp.pdf
- Congregación para la Educación Católica. (1970, 6 de enero). *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (AAS 62, 321-384). <https://www.vatican.va/archive/aas/documents/AAS-62-1970-ocr.pdf>
- Congregación para la Educación Católica (1976, 22 de febrero). *La formación teológica de los candidatos al sacerdocio*.
- Congregación para la Educación Católica. (1985, 19 de marzo). *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/documents/rc_con_ccatheduc_doc_19850319_ratio-fundamentalis_it.html
- Cunningham, L. S., y Egan, K. J. (2004). *Espiritualidad cristiana: temas de la tradición*. Sal Terrae.
- De Pablo Maroto, D. (2001). Evolución de la teología espiritual. Siglo XX: de la teología ascética y mística a la Teología espiritual. *Teresianum*, 52(1), 113-140.
- Francisco. (2018). *Exhortación apostólica Gaudete et exsultate*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html
- Gamarra, S. (2000). *Teología espiritual*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- García, J. M. (2015). *Manual de teología espiritual: epistemología e interdisciplinariedad*. Sígueme.
- Juan Pablo II. (1979, 15 de abril). *Constitución apostólica Sapientia Christiana*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_constitutions/documents/hf_jp-ii_apc_15041979_sapientia-christiana.html
- Juan Pablo II. (1992, 25 de marzo). *Exhortación apostólica postsinodal Pastores dabo vobis*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_25031992_pastores-dabo-vobis.html



Martín Velasco, J. (2003). La noción de espiritualidad en la situación contemporánea. *Arbor*, 175(689), 613-628.

Moioli, G. (1991). Teología Espiritual. *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*. Ediciones Paulinas.

Rodríguez, J. G. (2022). Aprender, interpretar y actualizar: una manera de vencer la tentación de la espiritualidad individualista. *Cuadernos de Teología, Universidad Católica del Norte* (En línea), 14, e4947-e4947. <https://doi.org/10.22199/issn.0719-8175-4947>

Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (2023). Espiritualidad. En *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed., versión 23.7) <https://dle.rae.es/espiritualidad?m=form>

Schneiders, S. M. (1989). Spirituality in the academy. *Theological Studies*, 50(4), 676-697. <https://doi.org/10.1177/004056398905000403>

Vidal, M. (2001). Teología espiritual y teología moral. *Teresianum*, 52(1-2), 535-562.

VOX. (1964). Spīritālītās -ālis. En *Diccionario ilustrado latino-español, español-latino*. Bibliograf.

Waaijman, K. (2011). *Espiritualidad: formas, fundamentos y métodos*. Sígueme.

